

LA VOCACIÓN DE DOMÈNEC FITA

A pesar de cuanto pueda decirse en los medios de la expresión delicuescente, la escultura ha sido siempre el arte de la forma. Para alcanzarlo debe perseguírsela por intuición y realizarla por el conocimiento. Esta búsqueda de la construcción plástica, Domènec Fita no la rehúye, sino que la practica y la domina pues posee la vocación de escultor. De una técnica artesana a toda prueba, pasa a una creación del espíritu cuyo nivel es el de la autonomía artística, que encuentra en su personalidad sus motivos esenciales de exteriorización. Con Fita, una cierta armonía y un cierto orden han aportado una nueva visión a cierta escultura española, que responde a lo trágico y potente de una estética que ha permanecido mucho tiempo en la tradición, no en estado de fórmula empírica, sino prestándose a temas de elección. No queremos otra prueba de ello que el impresionante Cristo de alabastro de la Catedral de Girona, concebido en 1958.

Sin la unión profunda de la escultura con la arquitectura y con la pintura, mediante las vidrieras estructurales de Vila Roja, por ejemplo, Fita no habría probablemente hecho tan duradera una idea de complejidad y de coordinación que le sitúa en el linde de la certidumbre. En este surco abierto para descubrir un camino trazado por deseos, algunas veces inconscientes pero de los que ninguna crisis ideológica lograría desviarle, Domènec Fita se ha transformado, bajo el aguijón de un trastorno necesario y de una deseada metamorfosis.

Durante los años decisivos en los que desarrolló su esfuerzo, nada falta a las convulsiones que marcan la gestación de un mundo en plena mutación. Al comparar las pinturas y esculturas figurativas de sus pasadas manifestaciones con las que ha imaginado más tarde considerando las aportaciones del arte abstracto, se comprende que fuera tras una especie de seísmo cuando se lograran las mejores eclosiones de su arte religioso y viril.

Hoy empieza Fita a recoger el fruto de la maravillosa cosecha. Se observa como en horas menos luminosas pudo dudar de que lograra germinar, y no obstante, su tenacidad en proseguir su tarea no sufre desfallecimientos. Lejos de entorpecerle, se siente cómo los

obstáculos exasperan su obstinación y su voluntad, hasta hacerle emprender la escultura como un deber inexorable de su destino.

Parece evidente que el Arte de Domènec Fita nació predestinado para registrar acontecimientos culturales y transformaciones plásticas que, a partir de 1957, debían precipitarse a un ritmo cada vez más rápido. En este momento, en el torbellino infernal desencadenado por las cábalas del informalismo a ultranza, las composiciones de Fita tienden a sustraerse de opresiones peligrosas para tratar de rematar una obra cuya significación espiritual no es el menor de sus objetivos. Al erigirse contra las acciones disolventes del "miserabilismo" en el arte y contra las tendencias de un brutalismo destructor en boga, una pureza de intención viene en nuestros días, gracias a Fita, a cristalizar un ideal transparente.

ALBERTO SARTORIS

Profesor-arquitecto

Del catálogo "Exposición de Escultura – Mayo 1970" – Sala del Prado del Ateneo de Madrid